



Versaciones de un chupaplumas

Se mostraría reticente a tal eventualidad

[1]



Y, si mi amigo se mostraba en verdad en desacuerdo y yo no lograba persuadirlo de que un personaje con el que no se había contado previamente podía representar un abanico (o un par de varillas, por lo menos) de posibilidades inesperadas susceptibles de proporcionar quién sería capaz de imaginar cuánto juego, me encontraría con que había introducido un elemento no del todo extraño (pues doña Isidora era – o, bueno, “sería” – sin duda una mujer corriente, con el cabello rubio un poco tal vez ensortijado y de mediana estatura) pero sí alta, muy altamente perturbador en el supuesto de que no fuese ni tan de mediana edad (o incluso de estatura) ni tan aficionada a la repostería ni (y eso sería lo peor de todo) tan, con su cabello largo y su desenvoltura, corriente exponiendo con profusión de detalles impropios del momento y del lugar vaya nadie a saber qué oscuros motivos para justificar – y ahí, delante de los niños, además – su del todo extemporánea irrupción en el ambiente sereno y apacible del cuartito de estar con cortinas de cretona a flores del piso (tercero interior sin ascensor) de los Ramírez; lo que vendría a complicar aún más las cosas creando una tensión que me sentía francamente poco preparado para sacar adelante ignorando, como ignoraba, cuál debería ser la reacción de la señora de Ramírez hijo si viniera a resultar que ésta (la vecina, quiero decir) era la amante de su esposo o – puestos a complicarse un poco más la vida dada, según se empeñaba en afirmar mi madre aseverando que ya desde la cuna me mostré reticente a celebrar los cinco lobitos y que la primera sonrisa no apareció en mi cara hasta sobrepasada la edad de dos años, mi exagerada tendencia al pesimismo – el fruto ilegítimo de los amores que el señor Ramírez padre mantuviera en su juventud con una bailarina de cabaret¹ o, yéndonos un poco más al

¹ Caso de que el señor Ramírez padre hubiese sido – circunstancia que venía a sumarse al sinfín de otras tantísimas circunstancias

Se mostraría reticente a tal eventualidad

[2]

melodrama y a la vista de que como estábamos dando apenas los primeros pasos de nuestro proyecto era aventurado predecir si nos decantaríamos hacia la comedia o hacia la tragedia, con una muchacha feucha y apocada a la que engatusó con unos encantos (él) que me iba a resultar muy, muy difícil, imaginar y más aun describir sin más punto de apoyo que un apergaminado anciano con una mantita de cuadros escoceses sobre sus rodillas.

Mis temores resultaron (aquí encajaría muy bien un algo así como “por fortuna”) infundados porque a mi amigo le pareció una idea del todo fantástica; mas (aquí encajaría un algo así como “por desventura”) no me pude alegrar y celebrarlo como la ocasión merecía porque no contando con que él fuera a mostrarse favorable me pilló sin nada preparado — imprevisión, ya lo sé, imperdonable — con qué agasajar la llegada de Ramírez que se presentó, de improviso, con un ramillete de siemprevivas.

Pudo ser que me sobresaltara porque cerrase no hallándose de buen humor con un portazo u ocurrir que llegara de fuera algún bramido o cacareo procedente de algún televisor cercano, pero el caso es que con independencia de un motivo u otro — o aun sin motivo, pues hacía tiempo que venía notando que las razones (incluso las muy buenas, tan útiles en tantas ocasiones) no eran siempre o forzosamente necesarias — reaccioné fatal, me desconcentré y permanecí ya nervioso y soliviantado el resto de la mañana sin lograr, por más intentos que hice, ver al otro lado de los cristales otra cosa que el chalecito de dos plantas y tejado de pizarra, con su jardín tan bien cuidado y, a un lado, a mano izquierda de la puerta de entrada pintada de verde, la pérgola circular de hierro forjado desde la que por las noches, en verano, llegaban risas nunca demasiado ruidosas.

que ignoraba — un joven disoluto y pendenciero, guapo y adinerado y aficionado a la farra.

Se mostraría reticente a tal eventualidad

[3]

Si me hubiese parado alguna vez a cavilar un poco habría podido — por el sonido, ya digo, aunque amortiguado porque la dama se tapase la boca con alguna mano que, a juzgar por el aire decimonónico de la construcción y los amorcillos que orinaban en la fuente frente a la entrada principal, no estaría muy fuera de lugar suponer enguantada, en encaje negro, hasta más arriba del codo — imaginar las palabras o los gestos que daban motivo a las risas. Pero nunca lo hice, pararme a echar cuantas del porqué de aquellas risas o dibujar mentalmente las fisonomías o el porte de aquellas gentes, y cuando por el día veía a veces... bueno, sólo una vez en realidad, un coche caro cruzó la verja verde, rodeó la fuente de los amorcillos y se detuvo, al fin, frente al porche; bajó entonces de él una mujer joven de muslos gruesos enfundados en bermudas color caqui que abrió el maletero y empezó a sacar bolsas de supermercado y un paquete grande de rollos de papel higiénico. Aparté la vista todo lo deprisa que pude y ya, desde entonces, siempre que oigo el deslizar de los neumáticos sobre el asfalto tengo buen cuidado de mantener durante un buen rato (a veces es muy lenta vaciando el maletero o se demora gritando que alguien haga el jodido favor de venir a ayudarla) la vista en otra parte.

Así que pudo ser por eso, porque oyera los neumáticos, que volviese la cabeza demasiado deprisa sin dar tiempo a que Ramírez se invistiera de toda su verosimilitud para actuar con la profesionalidad con que solía; y me lo encontré con las siemprevivas en las manos. Pero él, tomado también por sorpresa, sostenía el ramillete exactamente como se sostiene un ramillete de siemprevivas y no dio pie con bola a la hora de explicar (creo que tan desanimado como yo ni siquiera lo intentó) — con mucha seriedad, porque envarado y como cohibido sí que estaba — que aquel fuera tal o cual expediente.

Debió de ser entonces cuando y porque notase yo que se sentía un poco ridículo nada más que por algo que era tan sólo culpa mía por lo que volví a mirar a la

Se mostraría reticente a tal eventualidad

[4]

ventana, esperanzado en que las cosas volvieran a ser como antes y el mundo exterior retomara su ritmo; pero el runrún de la hormigonera no volvía y, aunque llovía, el agua deslizándose por el tejado de la pequeña villa empantanó aún más la situación no sugiriendo (a Ramírez, tan ocurrente casi siempre) comentario más brillante que “qué pifia, habría podido ser de tejas rojizas”.

Pero como era de pizarra gris y yo ya sabía por experiencia que cuando las musas se muestran tan esquivas por más vueltas que le diese al magín la mañana estaba definitivamente perdida y no iba a merecer la pena — tantas mañanas de tantos días cuyas correspondientes páginas quedaban aun por arrancar del almanaque clavado con una chincheta en la pared — dejarse la piel en el empeño de salvarla, a ella, una mañana tonta, mojigata y pusilánime, terca como una mula empecinada en dejarse morir sin haber vivido un momento de gloria, opté por abandonar mi infructuosa lucha y dedicarme a, dibujando como era ya costumbre un ojo, un árbol, una casa — y hasta a veces un barco pero sencillo, de vela, nunca un trasatlántico —, meditar cuál sería la forma menos estrafalaria de proceder cuando al cabo de la hora y media que le quedaba de agonía hubiera exhalado su último suspiro y yo quisiera — recordando (imaginé, en una última tentativa desganada porque el romanticismo no me tira) haber visto cómo se abría paso lenta, pero decidida, un poco somnolienta aun por entre las primeras luces del alba — celebrar en su honor unas exequias dignas de la más hermosa de las mañanas.

Cuando al fin dieron las tres sin haber logrado arrancar a Ramírez (tan ocurrente casi siempre) la más remota idea de cómo amortajarla me quité las gafas, coloqué el capuchón al bolígrafo, hice una pelota con los ojos, las casas, los árboles, un velero, dos ovejas y el ramillete de las siemprevivas y pensé — fallando el tiro, aunque por no emborronar otra hoja lo achaqué a que la papelera estaba lejos — que qué guarrería de mañana.